
LA OFENSIVA GOLPISTA Y LA TÍMIDA RESPUESTA DE LOS MOVIMIENTOS POPULARES EN BRASIL

Júlio Fisherman

Periodista - Frente Brasil Popular
Independiente

julio.fisherman.z@gmail.com

Brasil vive bajo el signo del golpismo y del estado de excepción desde que la presidenta Dilma Rousseff fuese destituida de su cargo en abril de 2016 en una maniobra casuística, ilegítima e ilegal. El monopolio golpista (medios hegemónicos, capital rentista, oligarquías territoriales y una casta judicial ávida de poder y distinción) desborda por todos lados los fundamentos y las perspectivas de una inserción soberana del país en el escenario global, destruyendo también las posibilidades para un desarrollo humano capaz de enfrentar las abismales desigualdades, las asimetrías que guardan estrechos vínculos con el brutal pasado esclavista.

Como otro capítulo infame de este proceso, el ex-presidente Lula fue encarcelado en abril de este año. Lula es definitivamente un preso político. Fue llevado a la cárcel como producto de una condena engañosa, originada en un proceso plagado de ilegalidades, arbitrariedades y carente de pruebas sólidas. Será mantenido allí porque las encuestas indican que es él el candidato favorito para vencer en las elecciones de octubre de este año. Todo esto ocurrió en una velocidad inaudita para todos los patrones del poder judicial brasileiro y con el clamor abierto e ininterrumpido de un medio hegemónico que ya hace tiempo abandonó todo tipo de conducta ética, asumiendo la función de gremio político/partidario.

Aunque sea un político de sesgo conciliador, reformista, Lula pasó a ser encarado como un riesgo inaceptable para los planes del consorcio golpista que espera elegir un candidato definitivamente

aliñado con el ideario neoliberal, como Macri lo fue para Argentina. El teatro electoral funcionaría así para afirmar que desde la elección en adelante, el país ingresaría en un nuevo ciclo de normalidad y pacificación, discurso que, sin embargo, solo será vendido en caso de que el candidato a ser ungido por esa cofradía venza el pleito. Retirar a Lula de la disputa electoral es un paso importante, pero hay un gran riesgo aun para este grupo ya que sus candidatos no consiguen despegar, la confianza en las instituciones se evapora y la población está más atenta sobre qué es lo que representa cada quien.

Las fuerzas golpistas lideran un proyecto antidemocrático en contra de quienes viven del trabajo, los grupos minoritarios, los marginados por la pobreza y la miseria - negros en su mayoría - e inclusive en contra de los derechos civiles y humanos. Es en este contexto de ataque abierto a los derechos sociales y a las propias reglas del Estado Democrático de Derecho que se puede percibir la actual fragilidad de los movimientos populares y sociales para desempeñar un papel a la altura de la crisis que entierra al país. Falta de unidad, de organización y de movilización para mantener con vigor la guerra en defensa de una pauta mínima que cancele la escalada regresiva actual en curso.

Partidos y sindicatos del campo progresista tampoco ofrecieron ningún soplo robusto de iniciativa y contraataque. La única "salida" en el horizonte está en aguardar el mismo proceso electoral que será modulado y regulado por el estado de excepción y que deberá partir ya de la ilegitimidad con la prohibición de la candidatura Lula.

La falta de fuerza demostrada por los movimientos populares y sociales es apuntada como fruto del debilitamiento de las acciones que no fueran desarrolladas como parte de la "buena voluntad", cuando no de la cooptación directa, expresada a través del ciclo del Partido dos Trabalhadores en el liderazgo del aparato del Estado entre 2003 y 2016, durante los gobiernos Lula y Dilma. Es cierto que el desánimo por demandas más osadas pueden haber domesticado al espíritu más combativo, sin embargo eso no explica la incapacidad de responder con destreza aquello que está en juego en este momento del país. Cuando la situación es grave, los que luchan deben redoblar la obstinación y abandonar la zona de confort. Si el caso fuese apenas el de haber controlado demasiado los impulsos de combate, todo habría sido diferente. No, se trata de una desorganización y desarticulación intensa y de errores más estratégicos.

La avalancha de las ideas neoliberales encontró terreno fértil en Brasil y, allí mismo, también en la subjetividad de los desatendidos y explotados. Las actividades de politización así como de construcción de círculos necesarios de solidaridad fueron relegadas a segundo plano por diferentes movimientos populares y sociales que no pueden alegar haber sufrido amenazas para avanzar en estos temas. Nadie se hizo cargo de la tarea y el vacío terminó siendo ocupado consistentemente por las religiones neo pentecostales que tienen en la multinacional Iglesia Universal del Reino de Dios (IURD) un símbolo privilegiado.

Con su agenda conservadora/reaccionaria en el plano de las costumbres aunque bastante aliñada con el neoliberalismo en lo que refiere a la individualización del "éxito" de cada uno - la llamada "teología de la prosperidad" - avanzó una ideología despolitizada que ya tenía en los medios hegemónicos a un gran aliado. A groso modo, según estos pastores del alma, cualquier mejora en el nivel de vida del sujeto es exclusivo fruto de su voluntad y fe, de la gracia divina lo relacionado a

ámbito socioeconómicos derivados de la disputa pública/política no vienen al caso. Con todo, no puede negarse ni dejar de reconocerse, que bajo el punto de vista de la creación de lazos de asistencia y solidaridad, donde reina el desaliento, estos vendedores de ilusiones sobre el proceso social, ofrecen el consuelo inmediato.

Además, compite como factor no menos dañino, la incapacidad de hacer que diferentes banderas y pautas se reúnan sobre un programa mínimo. Concentrados en causas específicas, parece ausente la comprensión por parte de los movimientos de que el consorcio golpista está dispuesto a atacar tópicos puntuales caso por caso y enfocando su carga en cuestiones de la vida económica que tiene impactos transversales y generales. Ya ocurrió, por ejemplo, la entrega del patrimonio estratégico del país a conglomerados extranjeros, como en el caso de la concesión de los pozos de petróleo del pre-sal y está desplegándose el proceso que pretende privatizar el control de Electrobras, responsable por relevante oferta de la energía nacional. Esto sin contar la derrota prácticamente sin resistencia que fue la aprobación del desmantelamiento de las leyes laborales, situación que allanó el terreno al cuadro de precarización y de perversas condiciones contractuales de trabajo.

En ese intervalo se conformaron dos importantes frentes en el país, el Frente Povo Sem Medo y el Frente Brasil Popular. Reuniendo partidos, centrales sindicales, movimientos populares y sociales, estas iniciativas, sin embargo, no se comportan aún como asociaciones firmes y fuertes, capaces de conformar una decidida coesión. Hasta el momento han actuado más como un aglomerado, una propuesta de inversión para el futuro, incapaz de generar la sinergia necesaria de fuerzas que el presente exige.¹

Fisherman, J. (2018). La ofensiva golpista y la tímida respuesta de los movimientos populares en Brasil. *Iberoamérica Social (X)*, pp. 33-35

¹ Traducción Gabriela Maltempo